

## OBJETIVIDAD Y COMPROMISO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

por Miguel Bautista

Michel Lowy es uno de los más lúcidos exponentes del marxismo concebido como filosofía de la praxis. Filósofo francés, participante en discusiones alrededor de la validez e importancia del aporte de Louis Althusser a la filosofía, se ha opuesto a las tendencias que tratan de hacer del marxismo una teoría científicista, es decir, una pura teoría epistemológica autosuficiente y desvinculada de los problemas de la práctica. Ahora, en un ensayo titulado "*Objetividad y punto de vista de clase en las ciencias sociales*",\* nos entrega una valiosa contribución al esclarecimiento de una cuestión central en las ciencias sociales: la relación entre "conocimiento" y "posición social" del investigador de tales disciplinas. Se trata de una temática ampliamente discutida desde hace más de un siglo y concretada en cuestiones tales como: ¿es posible la objetividad en las ciencias sociales? ¿No están éstas influidas y comprometidas en el juego de los intereses sociales y las ideologías? ¿Es la objetividad de la sociología, la historia, la política y la economía del mismo tipo que la de las ciencias de la naturaleza? Del tratamiento que se dé a estas interrogantes depende no sólo una respuesta a problemas epistemológicos importantes, sino el obtener una conciencia clara de las responsabilidades y posibilidades del científico social.

En el problema de la objetividad del conocimiento, apunta Lowy, se debe partir de la confrontación y crítica del positivismo, cuyos principios epistemológicos (teoría del conocimiento) son de "una simplicidad evangélica": "En las ciencias sociales, así como en las ciencias de la naturaleza, es necesario desprenderse de los prejuicios y las presuposiciones, separar los juicios de hecho de los juicios de valor, la ciencia de la ideología. El fin del sociólogo o del historiador debe ser alcanzar la neutralidad serena, imparcial y objetiva, propia del físico, del químico y del biólogo". Comte, padre del positivismo y cuyas ideas llegan hasta nuestros días, decía que los fenó-

menos sociales debían ser estudiados y "considerados con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos físicos, químicos y fisiológicos, es decir, sujetos a leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento es el fin especial de sus investigaciones". De ahí que se pueda afirmar que el positivismo se funda en dos premisas: a) identificación epistemológica de sociedad y naturaleza; b) La idea de que la sociedad está regida por leyes naturales, es decir, invariables, independientes de la voluntad y de la acción humana. Esta epistemología, que Lowy califica muy acertadamente de "*naturalismo positivista*", deriva en consecuencias importantes, ciertamente retrógradas, en el enfoque de los fenómenos sociales: si la sociedad se asimila a un orden natural; si las leyes sociales son leyes naturales, ¿qué sentido tiene hablar de la transformación de la sociedad? La aceptación positivista de "leyes naturales" que operarían en el proceso social en forma análoga a su cumplimiento en el campo de la naturaleza, acarrea la aceptación fatalista y pasiva, del *statu quo* social. En este sentido, el positivismo es un enfoque que se revela falso en su homogenización de campos epistemológicos diferentes y actúa así como una ideología conservadora.

Esto no debe extrañar si se sitúa en su contexto histórico. Y es que el positivismo surgió en un momento en que la burguesía abjuraba de sus principios democráticos y de progreso, expresando en sus ideas de una ciencia positiva el temor ante el panorama social en que aparecía la nueva fuerza opositora del proletariado. "Positivo" quería decir opuesto a "revolucionario". En México se constata que el positivismo inspira un orden social fundamentalmente injusto, el porfirismo, intentado ocultar con el lema de "Orden y progreso", una realidad lacerante de explotación del hombre mexicano en favor de una aristocracia ausentista y de capitalistas extranjeros. Verdad es que la Escuela positivista formó sabios como Gabino Barreda, que a su hora cumplieron proyectos fecundos de educación nueva, laica y opuesta a la clerical, pero ello no debe hacernos olvidar la ideología conservadora del positivismo en lo social.

Ahora bien, de aquella identificación simple, falsa, carente de transiciones, entre el dominio de la naturaleza y el de la sociedad —campo de la praxis humana— el positivista arriba a la siguiente exigencia: "Que el sociólogo adopte la disposición mental de los físicos, químicos y fisiólogos, cuando abordan una región todavía inexplorada de su campo científico" (Durkheim p. 14). Pero ante esta exigencia de neutralidad, preguntamos: ¿es posible para el estudioso de lo social adoptar semejante talante, el del químico o físico, limitándose a describir hechos, no haciendo juicios de valor cuando aborda un campo impregnado de intereses y en el que se libra un combate político entre diferentes concepciones del mundo que corresponden a las clases sociales existentes en la sociedad contemporánea? Para nosotros es claro que la respuesta debe ser negativa. En primer lugar, porque el observador forma parte de la

sociedad, participa de los intereses e ideas que en ella se dan. Pero antes de responder a esta cuestión clave, digamos: para el positivista la solución ha consistido simplemente en ignorar los candentes problemas sociales. "La respuesta de Durkheim, escribe Lowy, es de una ingenuidad anonadante, impregnada de "buena voluntad" positivista: 'Así entendida, la sociología no será ni individualista, ni comunista, ni socialista, en el sentido que vulgarmente se da a estas palabras. Por principio, ignorará esas teorías a las cuales no podría reconocer valor científico, ya que tienden directamente no a expresar los hechos, sino a reformarlos.'" (p. 14) Esta es, pues, la tesis principal del positivismo, corriente filosófica que ha resurgido en nuestros días tomando un auge explicable tanto por la actual fase del capitalismo, como por el esfuerzo de ideólogos empeñados en mediatizar el conocimiento científico y comprometerlo con la causa del progreso social. Para los pensadores y sociólogos marxistas, en cambio, es claro que la metodología y la concepción misma del objeto de la ciencia social se plantea en otros términos, términos diferentes a los de las ciencias de la naturaleza. La falla principal del positivismo y neopositivismo radica en su incompreensión de esta diferencia, en el hecho de que no considera la especificidad metódica de las ciencias sociales, determinada por:

- 1) El carácter histórico de los fenómenos sociales, transitorios, perecederos, susceptibles de ser transformados por la acción de los hombres.
- 2) La identidad parcial entre el sujeto y el objeto del conocimiento.
- 3) El hecho de que en los problemas sociales están en juego las miras antagónicas de las diferentes clases sociales.
- 4) Las implicaciones político-ideológicas de la teoría social: el conocimiento de la verdad puede tener consecuencias directas sobre la lucha de clases.

En relación al punto tres, observamos cómo el neopositivismo actúa hoy como una corriente de pensamiento que mezcla la neutralidad ante los conflictos sociales con la manipulación de las conciencias en la sociedad de consumo. El positivismo es, con su bagaje de "objetivismo" y neutralidad, la ideología de una burguesía que confía en el poderío tecnológico como medio de ocultar las insalvables contradicciones económicas del sistema en los días que corren.



Así explicita Lowy los principios de una correcta sociología del conocimiento: "La realidad social, como toda realidad, es infinita. Toda ciencia implica una elección, y en las ciencias históricas esta elección no es producto del azar, sino que está íntimamente ligada a una perspectiva global determinada. Las visiones del mundo de las clases sociales condicionan entonces no sólo la última etapa de la investigación científica social, la interpretación de los hechos, la formulación de teorías, sino la elección misma del objeto de estudio, la definición de lo que es esencial y de lo que es accesorio, las preguntas que se plantean a la realidad; en pocas palabras, condicionan la problemática de la investigación" (p. 18).

Reconociendo estos hechos, Mannheim ha planteado este problema en términos de un eclecticismo inadmisibles para nosotros. Para Mannheim es puntualmente cierto que la situación social influye la perspectiva del teórico. Pero según él, a cada situación social corresponde una "verdad", tan válida como la originada en otra situación. De ahí su relativismo, el igualar las tesis del marxismo, liberalismo, etc. De ahí, en suma, una posición de huida y abstracción ante el problema, al pretender Mannheim que se debe lograr "una síntesis de las perspectivas", hecha por la "inteligencia sin ligas", que así llama él a los núcleos universitarios.

Pues bien, si se ha de contemplar adecuadamente esta cuestión, es necesario reconocer que la ciencia social está condicionada por las pautas ideológicas de las clases sociales, partidos, etc. Estos influyen la perspectiva, el campo teórico del investigador. Pero no sólo eso, sino como sostiene Lowy: en cada situación histórico-social el punto de vista de la clase revolucionaria es superior, *abre mayores posibilidades teóricas* "porque es el único capaz de reconocer y proclamar el proceso de cambio social" (p. 38). Esta es la situación del proletariado en nuestros días, que como clase social avanzada es el potencial elemento transformador de las relaciones sociales caducas. Esta es también la situación del marxismo, que, como ideología que expresa los más avanzados intereses sociales constituye "el horizonte científico de nuestro tiempo" (Sartre).

La expresividad del marxismo no obstruye su carácter científico. Ambos aspectos se complementan.

Por el contrario, la perspectiva de la clase burguesa es históricamente limitada, no importando los aislados elementos de ciencia objetiva que maneje. Lukács dice al respecto: "La barrera que hace de la conciencia de clase de la burguesía una conciencia 'falsa' es, pues, objetiva; es la situación de la clase misma. Es la consecuencia objetiva de la estructura económica de la sociedad y no algo arbitrario, subjetivo o psicológico". (*Historia y conciencia de clase*.)

A manera de ejemplo cabe citar, dentro de múltiples posibilidades, que en nuestro país la problemática del subdesarrollo y la dependencia cae directamente en el foco del interés de clases determinables por su patriotismo, su interés nacional auténtico y genuino, lo cual explica su "capacidad" en

comprender global, científicamente, el fenómeno internacional de la dependencia misma —característico de Hispanoamérica— y las perspectivas de superarlo.

Las tesis expuestas implican por parte de Lowy un planteamiento y desarrollo muy plausibles de la sociología marxista del conocimiento. Esa sociología plantea el reconocimiento de que el trabajo teórico en materia de ciencias sociales es influido por las visiones del mundo de las clases sociales existentes en la sociedad donde subsisten los antagonismos básicos de clases. Y ello deriva, ciertamente, en una necesidad de ubicación para los científicos sociales que quieran servir a las fuerzas del progreso: adoptar sus puntos de vista que permitan forjar una imagen crítica y objetiva de nuestra sociedad y nuestro tiempo.

\* Michel Lowy y otros: "Sobre el método marxista". Traducción de Carlos Castro. Editorial Grijalbo. Colección Teoría y Praxis, dirigida por Adolfo Sánchez Vázquez. México 1974, 226 pp.



*bras y sus vínculos, del silencio y sus separaciones, de los acoplamientos espantosamente dulces, de los naipes y las estaciones y de la imaginación sin fronteras, di en buscar nuevos rostros. Yo acariciaba alguna sombra inmortal.*

## I. LO OTRO NO ES DEL YO NI DE LA LETRA.

Pero en *Cuadernos del destierro* continúa el poeta prisionero de un gusto, de un regusto de la sensualidad, de la actitud, de la elaboración del poema como un poema lujoso, atado todavía a las adherencias del artificio, del ritmo, la cadencia, el bello sonido cuidadosamente planeados para crear en el lector un efecto retórico; el lector no es concebido como el "tú esencial" (Machado) sino como el depositario y reiterador de los egocentrismos verbales del yo poético, todo ello sin que el autor tenga aún plena conciencia de que las palabras, los mitos de la escritura, los procesos de la creación, ocultan su vibración auténtica su plena, verdadera coincidencia con la vivencia real, concreta, de la existencia del mundo. Cadenas ha llamado a esta distancia obnubilante y narcista, el "personaje". José Balza, por su parte, ha preferido denominarlo el "hablante" o el "calígrafo". Como quiera que se le llame, esa barrera interpuesta es una figura retórica, un ademán "literario" que impide que la vida en toda su constante ebullición asalte al poeta en el riesgo, en la desnudez, en la indefensión, en la penuria del ser. *Cuadernos del destierro* hace aparecer ante nuestros ojos una voluptuosidad del vocablo, un añorar, una nostalgia de los lastres y los impedimentos de los cuales más tarde la poesía asumirá los aspectos más esenciales: los rescoldos, su dispersión en el viento, su disolución en las aguas, su conversión en llama. El espacio de la seguridad y del centramiento, la casa, la personalidad en un país, en una patria ajena por falsa e inauténtica, una entidad de pie sobre un yo ciego y soberbio, las

## RAFAEL CADENAS O LA ASCESIS DE LA POESIA

por Enrique Arenas

En 1946 publica Cadenas su primer libro: *Cantos iniciales*. Asoma en ellos una línea que más tarde recorrerá toda su poesía: el desamparo. Poesía del exilio, serenamente nostálgica, a ratos de un ligero clima vallyano, intenta una comunicación de la tristeza, del dolor contenido, de una orfandad que tiene raíces muy hondas, más allá del hogar, la patria o la historia. El poema empieza aquí a revelar solicitudes raigales que desembocarán más adelante en una tónica de asunción de la renuncia, del destierro como una actitud ontológica o moral:

*Hoy se ha hundido mi sueño simplemente...  
mi casa está sola, nuestra casa, hermano,  
está sola  
y ni sé qué habrá quedado allá adentro.*

El tiempo se encargará de revelar lo dejado al fondo de la casa y de revelarse él mismo como enemigo implacable del hombre, del escritor. Cuando en 1960 salgan a la luz los *Cuadernos del destierro* (un libro de una sensualidad secretamente desgarrada, de un ritmo encantatorio pero al mismo tiempo desolado, terrible; rito y canto de abandono del paraíso de alguien que quiere huir pero que sabe que su tentativa es inútil), el poeta todavía podrá decir siguiendo casi una continuidad subrepticia:

*...desertado de la realidad, de las pala-*

